

Camus ayer y hoy

Francisco Prieto

La vigencia de la obra de Albert Camus adquiere un especial relieve en estas páginas de Francisco Prieto dedicadas al pensador y novelista francés. Muchos autores han encontrado en él no sólo la respuesta al existencialismo sartreano a través de una suerte de cristianismo oculto impregnado de un humanismo siempre necesario.

Cuando allá por los años cincuenta la academia sueca otorgó a Albert Camus el Premio Nobel de Literatura, ¿qué significó éste para sus lectores?, ¿qué para los adolescentes que en nuestros quince años nos enteramos de su existencia y lo leímos? Han pasado más de cincuenta años, ¿qué significa Camus en pleno siglo XXI, tiene, acaso, algo que comunicar?

El primer libro que leí del escritor francés —porque aunque nacido en Argelia e hijo de madre mallorquina y padre alsaciano, Camus es un escritor francés, un escritor europeo— fue *La peste*. (He aquí, por cierto, un tema para otra ocasión, ¿qué es ser europeo?). Pero, en fin, atraído por lo que los periódicos decían de él, pedí dinero a mi abuelo y fui a la librería francesa a comprar la novela por la que, se decía, le habían dado el premio. Aún recuerdo la cuarta de forros: “un des plus grands romans de notre époque”.

Leí *La peste* en dos o tres días, acaso, menos. Lector consumado de los realistas españoles me iniciaba, a la sazón, en la novela francesa del siglo XX. Y el libro aquel me hizo sentir, vivir, el nacimiento y el desarrollo del espíritu de solidaridad entre los seres humanos. Deseo de identificarme con el doctor Rieux, al que recuerdo como un personaje dueño del conocimiento científico tan necesario cuando se ha desatado una epidemia,

amo de su propia existencia, me sentía, empero, poderosamente atraído por el personaje de Tarrou, un hombre escéptico, agnóstico si no ateo, pero con una actitud de apertura al otro y a los otros, un hombre que se sabía vulnerable, que se dejaba impregnar, por tanto, tocar, un justo sin Dios que contrariaba lo que los hermanos lasallistas me habían enseñado. (Rieux y Tarrou, por cierto, lo remiten a uno a Corneille y a Racine respectivamente y el que siente inclinación por uno no la tendrá por el otro y de no ser así carga dentro de sí un nudo difícil de destrabar). Recuerdo, con la misma intensidad ahora que cuando leí la novela por primera vez, el pensamiento de otro personaje, el padre Paneloux, que reflexiona cuando la epidemia amenaza con no dejar un ser vivo: “el sufrimiento de los niños era un pan amargo pero sin él peligraría en nuestra existencia la sed espiritual”. Y aquello, paradójicamente, me sentó bien: el pascaliano que vivía dentro de mí empezó a cobrar conciencia de sí. Sí, los espacios infinitos aterran, el hombre es la caña más débil del universo pero una caña pensante y el corazón tiene razones que ignora la razón. La contradicción se ofrece objetiva en el orden o desorden social pero también personal; es necesario elegir para vivir pero la elección comporta la renuncia; es en las entrañas del mal como alcanzamos a percibir la luz; los co-

razones simples no tienen historia —Mauriac *dixit*—, entonces ¿cómo podrían alcanzar la salvación, la vida perdurable? ¿Cómo resolverse en, con, a partir de una verdad absoluta cuando somos testigos de las contrapartidas? ¿Pero cómo negar, si hemos sido iluminados por la gracia, el camino a la felicidad que ella y sólo ella puede ofrecer a quien ha sentido su Presencia? Años más adelante me toparía con el pagano Montherlant para quedar seducido por la fórmula sincretismo y alternancia: es necesario desplegar nuestra existencia en sentidos contrarios pero hay que hacer, de vez en cuando, un alto en el camino y asumir lo que ha hecho de nosotros el sendero que hemos recorrido. Fervor de la verdad, de no negar dogmáticamente al otro aunque su existencia misma dé testimonio de la posible falsedad de nuestras convicciones que se vuelven, simplemente, necesarias en tanto vitales.



No pasó un año de aquella primera lectura de *La peste* cuando leí *El extranjero*. La empecé en un autobús de la escuela secundaria rumbo a mi casa y la terminé al llegar sólo para recomenzar de nuevo la lectura. La insensibilidad, experimenté, no es que uno la quiera ni la busque sino que la encuentra, en un de pronto, bien instalada dentro de uno y no hay qué hacer; ella nos determina como puede hacerlo un sol demasiado intenso, el miedo al otro que aparece amenazante...

Creo haber leído poco después *El verano*, *Bodas*, *Calígula*, *El malentendido*... Es de tal magnitud la complejidad de la existencia que so pena de caer en la más lamentable anomia tenemos que determinarnos en el fondo insobornable que podamos hallar en la raíz de nuestro ser si acaso fuéramos de esos bienaventurados con un centro vital que es madre y maestra no importa qué tarea emprendamos.

La lectura de *El mito de Sísifo*, en París y en el año de 1961, me puso frente a la existencia absurda. Deslumbrado como cualquier otro lector de la obra con aquella introducción: no hay más que un auténtico problema filosófico, el suicidio, juzgar si la vida vale o no la pena de vivirse. Nadie muere por la razón ontológica como no entregó su vida Galileo por un hallazgo rigurosamente científico... La agonía de Sísifo frente al abuso autoritario de los dioses, la criatura humana, altiva, que persiste en su propósito de alcanzar las alturas no obstante advertir que los dioses la desbancarán una y otra vez, pero feliz, no obstante, en ese compromiso que ha establecido con la justicia. Esperar contra toda esperanza.

Yo advertía un mundo dominado por la injusticia, un mundo donde ni entonces ni antes era posible no enfrentar el sufrimiento de los inocentes. ¿Cómo conciliar la fe, que no me abandonaba, con el suplicio de los niños, con ejércitos de hombres y de mujeres que no habían podido determinar su existencia, con los campos de concentración del nacional socialismo y del comunismo? Me dije entonces que era necesario desertar de la fe. Después de todo era posible que mi fe respondiese exclusivamente a un encadenamiento que una familia, una religión habían introyectado en un alma y una mente apenas en proceso de formación; y aun no siendo así la autenticidad consistía en emular el valor de Sísifo porque un Dios que había hecho un mundo así no valía la pena. Yo no cumplía aún los veinte años y Camus me envolvía en la búsqueda y el compromiso con la existencia auténtica. Me apropiaba, por otra parte, de la experiencia del escritor que me llevaba al sentimiento aristocrático del hombre y la mujer de calidad. Si Dios no existía o si, al menos, había que ponerlo entre paréntesis, si la profecía comunista había resultado una farsa, los valores superiores eran los que derivaban de existencias particulares que como Tarrou y Rieux captaban los deseos últimos que anidaban en el interior de

seres excepcionales. Los que descubrían en los vínculos propios de la amistad y del amor aquello por lo que era necesario luchar. Amar la vida, amar al hombre a través de algunos seres humanos sin existencia posible después de la muerte como Teresa o Juan de la Cruz para quienes aunque no hubiera infierno le temieran y aunque no hubiera cielo le amaran, sólo que sin el apoyo de Dios. Y recuerdo el título de un importante artículo de Henry de Montherlant en el periódico de exiliados rusos que se publicaba, a la sazón, en París, "Exil et Liberté": "Hacia la intensidad moral de la guerra". En rigor, la guerra significaba no sólo el horror de la destrucción sino también y sobre todo la espontaneidad de la entrega al otro, a los otros hasta el punto de sacrificar, generosamente, la propia existencia privilegiando al ser del otro. Paradoja que, como la del padre Paneloux, hacía presente la construcción del absurdo. Y esto porque el Bien, la Verdad, la Belleza se daban cita en la existencia de los hombres y el hombre de calidad luchaba por el advenimiento del Reino sabiendo, en el fondo de sí, que los seres humanos jamás construiríamos el Reino. En Camus se daban cita Pascal y Dostoievski, también Cervantes y Kafka. ¿Cervantes? ¿Es posible paradoja mayor que la del Caballero de la Triste Figura que encuentra la santidad cuando ha renegado de la lucha por la libertad y la justicia y el gratuito deshacer entuertos? La aristocracia del espíritu estaba presente en la obra de Camus como protagonizaría una de las obras fundamentales de su siglo, *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset. ¿No pertenecen, acaso, a esa misma estirpe Montherlant y Saint-Exupéry, Unamuno y Baroja, Cioran, Cyril Connolly y tantos otros más?

Si eso era Camus para mí supongo que lo fue también para otros pero casi todos admiraron en él al justo. Era, al fin, Camus el que habiendo sido combatiente de la Resistencia y colaborador de los comunistas, no tuvo empacho en denunciar las desviaciones de sus camaradas a sabiendas de que debería de pagar un precio alto, sobre todo, el distanciamiento de amigos entrañables para quienes descubrir el lado oscuro de los revolucionarios era volverse cómplice del enemigo; Albert Camus era el hombre que resucitaba el humanismo laico europeo con el trasfondo cristiano que le es inherente pero que mantuvo una distancia libre de equívocos de cualquier tipo con la Iglesia sin negarse a debatir con sacerdotes y llegar a dictar, incluso, una conferencia en la sede de la Orden de Predicadores; el hombre atento a la historia, que cargaba con la historia y para quien sólo a través de la búsqueda de la verdad era posible la liberación. Y hubo también quienes lo rechazaron viendo en él el producto quizá más acabado de una Europa decadente anunciada por el "decadente" Spengler. En cualquier caso fue el intelectual y el artista que asumió tanto la muerte de Dios como el fin de la utopía si ésta se fincaba



Albert Camus con el equipo de redacción de *Combat*

en la ortodoxia marxista leninista que contenía en sí misma los gérmenes del totalitarismo como, desde otras perspectivas, ya habían demostrado Popper y Wittfogel.

Pero era Camus un hombre que amaba la vida. Nacido en la pobreza, huérfano de padre a causa de la guerra cuando aún era un niño, con una madre enajenada al trabajo para sacar adelante a la familia, presente pero no invasora de la intimidad, es posible que ahí se generara la menesterosidad de la mujer, su necesidad de ellas, en alguna medida su dependencia afectiva de ese nuestro otro absoluto. Buen deportista a pesar de una salud endeble, Camus fue un hombre competitivo que necesitaba rebasar su condición proletaria por la exigencia de una inteligencia excepcional que le confirmaron los maestros que intuyeron su genio y lo amaron. Su fuerza residía en su inteligencia y, en este sentido, fue un hombre enamorado de la búsqueda de la verdad. Como el reconocimiento le llegó a una edad temprana borró toda huella de un resentimiento posible. Como nunca negó su origen, cuando estableció una distancia crítica con la izquierda marxista en algún debate, al lado de Sartre, de Beauvoir, de Merleau-Ponty dio testimonio de que el único de los intelectuales de origen obrero que ahí se encontraba era, precisamente, él, quien había cortado con unas posturas sólo supuestamente revolucionarias.

Camus, de hecho, reivindica la filosofía de la existencia. El mayor tesoro del hombre es la libertad, y a través de ella la autodeterminación y la potencia creativa, la capacidad de decir que no y forjar el propio "destino" que uno diseña y que no viene dado por los dioses o la pura naturaleza. El hombre vive en peligro porque es libre, se angustia porque es libre, establece con la exis-



Albert Camus en una fotografía de Henri Cartier-Bresson, 1947

tencia un vínculo vital. Cita a Hölderlin en el epígrafe que antecede a *L'homme révolté*:

Y decididamente consagré mi corazón a la tierra grave y sufriente, y a menudo, en la noche sagrada, le prometí amarla fielmente hasta la muerte, sin temor, soportando su pesada carga de fatalidad, sin menospreciar ninguno de sus enigmas. Así, me ligué a ella con un lazo mortal.

Si no hay Dios, si no hay causa que amerite el movimiento colectivo para la transformación positiva de la sociedad, hay que esperar que el cambio se genere por la acción, pienso, de existencias ejemplares. Y esto me lleva a ligar a Albert Camus con contemporáneos suyos que, en la misma circunstancia, apostaron por la Cultura como la vía real hacia un progreso cualitativo de la humanidad. Pienso en los miembros del Instituto de Frankfurt, especialmente Marcuse (Cfr. “Comentarios acerca de una nueva definición de la cultura” en *Ética de la Revolución*, Taurus, Madrid, 1969), Ortega y Gasset (Cfr. “Misión de la Universidad” en *El libro de las misiones*, Colección Austral, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1965) y el católico Jacques Maritain (Cfr. *Humanismo integral*, Editorial Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1966). Y pienso también que son altamente significativos tales encuentros del existencial-vitalista Camus con los marxianos de Frankfurt, el liberal Ortega y el democristiano Maritain.

Camus, tengo que advertirlo, se daba cita en mi corazón, en mi desasosiego, en mis ensoñaciones con otro autor, el católico novelista François Mauriac, perteneciente a una generación anterior a la suya y, también, Premio Nobel de Literatura. En los años sesenta viví atrapado entre asumir la visión camusiana o retornar a

la fe de mi infancia que, en el fondo, nunca me había abandonado por más que intentara resolverme en el ateísmo. (Aunque, y es paradójico, con ningún novelista me he sentido tan identificado y acompañado como con Pío Baroja, cuya lectura me ha dado los momentos más intensos de placer literario a lo largo de mi vida, y quien, como es de sobra conocido, hizo profesión de ateísmo). He sentido esas fuerzas encontradas dentro de mí que la lectura y la asimilación de Mauriac lograron disolver hasta llegar a reconciliarme con la fe. Mauriac hizo que me percatara de que si percibimos en Jesús de Nazaret la divinidad, que si creemos que sólo por Él, con Él y en Él la existencia, pretérita y futura tiene sentido, entonces nos abstendremos de juzgar y absolveremos a todo el mundo, empezando por nosotros mismos, entonces sabremos que la paz que toma asiento en la fe en el Cristo es la única verdadera: por la Resurrección prometida, porque no puede dañar a nadie e inyecta en nosotros el sentido de la felicidad como encuentro conciliado de contrarios; esa fe, en fin, es el agua y el pan que quitan la sed y el hambre por siempre porque el camino de la Cruz, entrar por la puerta estrecha, lo que nadie, en principio, quiere, marca la diferencia del cristiano y es el asiento de la beatitud. El sufrimiento y la felicidad del cristiano están mancomunados como nos hizo vivir Mauriac en su entrañable opúsculo del mismo nombre.

Pero se trata de reflexionar aquí sobre lo que significa Albert Camus ahora. Pues bien, en un mundo ajeno al sentido del deber, al sentimiento del honor y el entendimiento de la vida como agonía en busca de la luz, me temo que no se puede ya entender a Camus, que este escritor se ha vuelto el extranjero por excelencia. Y es que Camus es, en el más pleno de los sentidos,

un moralista. ¿Y qué es un moralista como lo han entendido los franceses desde los tiempos de Montaigne? Un hombre que entiende la existencia como análogo su edificación a la de la obra de arte, un ser que busca la armonía entre los seres humanos, que explora los caminos de la convivencia social, que reflexiona sobre los actos más íntimos de la persona y que, sobre todo, arroja luz sobre el bien y el mal. En estos tiempos posmodernos, cuando se pretende romper toda jerarquización, cuando todo se reduce a un mismo valor dependiendo del libre y soberano arbitrio de cada quien, no hay lugar para el planteamiento moral. La autenticidad no es ya la lucha de un hombre o de una mujer para permanecer fieles a un fondo insobornable y a aquéllos con quienes hemos, libremente, establecido un vínculo y un compromiso, sino que se ha tornado en la búsqueda indiscriminada del placer que ha hecho de la religión un simple saber de salvación, una gimnástica del espíritu ajena a la búsqueda de la Verdad. En un mundo así, no hay lugar para Albert Camus. Menos para Mauriac. Ni siquiera se rescataría de Camus la pasión por la cultura: pensar en una aristocracia del espíritu sería motivo de burla y de escarnio en un escenario de mercaderes en que la misma lucha por el poder ha sido despojada de principios. En el mundo del costo-beneficio, de la eficiencia a toda costa, Sísifo ha sido expulsado como lo fueron los dioses, o sea, lo han dejado sin rebelión posible. El mito de

Sísifo y el hombre rebelde, ¡ay!, han pasado a la historia. Y no puedo evitar ahora recordar aquella canción de Georges Brassens que es un viaje por tantas cosas bellas que han desaparecido en las diversas regiones de Francia, y cuando llega a la tierra donde, antaño, se cantaba “cerca de mi rubia, qué grato es dormir”, se sigue de largo porque “hay tantos hoy durmiendo cercanos a mi rubia” que no tiene caso ni entendería ella de cortejos galantes.

Sin embargo, Camus está vivo porque sigue hablando a la inteligencia y el alma del hombre, ahí donde se encuentra la naturaleza humana porque existe una naturaleza que nos hermana a los demás hombres y donde se asienta nuestra filiación con el Padre. ¿Qué persona sensible, inteligente, responsable no siente con Jan, el protagonista de *El malentendido*, la necesidad de ser amado por lo que es y no por su imagen, su origen, su sangre, su parentesco; quién que se entrega a la lectura de ese drama entrañable no comparte con Jan la necesidad de encontrar razones no prejuiciadas para amar y ser amado, para el ejercicio del don del socorro no como una obligación impuesta por una abstracción sino desde, para usar el hermoso hallazgo lorquiano, la oscura raíz del grito, desde la fuente misma de nuestro ser? Camus permanece vivo en *El malentendido* y en todas sus demás obras y permanecerá vivo mientras exista un ser humano atento a los requerimientos íntimos y últimos de su ser. **u**

